

tiempo de su reclusion, se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algun conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sanson, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, por que no fuese conocido de su compadre, cuando se viesen, y así siguieron el mismo viaje que llevaba Don Quijote, y llegaron casi á hallarse en la aventura del carro de la *Muerte*, y, finalmente, dieron con ellos en el bosque donde le sucedió todo lo que el prudente ha leído; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quijote, que se dió á entender que el bachiller no era el bachiller, el señor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros. Tomé Cecial, que vió cuán mal había logrado sus deseos, y el mal paradero que había tenido su camino, dijo al bachiller: "Por cierto, señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las mas veces se sale della: Don Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos, pues, ahora cuál es mas loco: ¿el que lo es por no poder menos, ó el que lo es por su voluntad?" Á lo que respondió Sanson: "La diferencia que hay entre esos dos locos, es, que el que lo es por fuerza lo será siempre, y, el que lo es de grado, lo dejará de ser cuando quisiere.—Pues así es, dijo Tomé Cecial, yo fui por mi voluntad loco, cuando quise hacerme escudero de vuesa merced, y por la misma quiero dejar de serlo, y volverme á mi casa.—Eso os cumple, respondió Sanson; porque pensar que yo he de volver á la mia hasta haber molido á palos á Don Quijote, es pensar en lo excusado, y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer mas piadosos discursos." En esto fueron razonando los dos, hasta que llegaron á un pueblo donde fué ventura hallar un algebrista con quien se curó el Sanson desgraciado. Tomé Cecial se volvió, y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo, por no dejar de regocijarse ahora con Don Quijote.

CAPÍTULO XVI.

De lo que sucedió á Don Quijote con un discreto caballero de la Mancha.

Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguía Don Quijote su jornada, imaginándose, por la pasada vitoria, ser el caballero andante mas valiente que tenia en aquella edad el mundo: daba por acabadas y á felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante; tenia en poco á los encantos y á los encantadores; no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habían dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses; finalmente, decia entre sí, que, si él hallara arte, modo ó manera cómo desencantar á su señora Dulcinea, no envidiara á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el mas venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo: "¿No es bueno, señor, que aun todavía traigo entre los ojos las desaforadas narices y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial?—Y ¿crees tú, Sancho, por ventura, que el caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero, Tomé Cecial, tu compadre?—No sé qué me diga á eso, respondió Sancho; solo sé, que las señas que me dió de mi casa, mujer y hijos, no me las podría dar otro que él mismo; y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio de mi misma casa, y el tono de la habla era todo uno.—Estemos á razon, Sancho, replicó Don Quijote: ven acá: ¿en qué consideracion puede haber que el

bachiller Sanson Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas, á pelear conmigo? ¿he sido yo su enemigo, por ventura? ¿héle dado yo jamás ocasion para tenerme ojeriza? ¿soy yo su rival, ó hace él profesion de las armas, para tener invidia á la fama que yo por ellas he ganado?—Pues ¿qué diremos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial, mi compadre? Y si ello es encantamento, como vuesa merced ha dicho, ¿no habia en el mundo otros dos á quién se parecieran?—Todo es artificio y traza, respondió Don Quijote, de los malignos magos que me persiguen; los cuales, anteviendo que yo habia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el bachiller, por que la amistad que le tengo sé pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazon, y desta manera quedase con vida el que con embelecios y falsías procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo cual, ya sabes, ¡oh Sancho! por experiencia que no te dejará mentir ni engañar, cuán fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo, y de lo feo hermoso, pues no há dos dias que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y yo la ví en la fealdad y bajeza de una zafia labradora, con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca; y mas, que el perverso encantador que se atrevió á hacer una trasformacion tan mala, no es mucho que haya hecho la de Sanson Carrasco y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos; pero, con todo esto, me consuelo, porque en fin, en cualquiera figura que haya sido, he quedado vencedor de mi enemigo.—Dios sabe la verdad de todo,” respondió Sancho; y como él sabia que la trasformacion de Dulcinea habia sido traza y embelecó suyo, no le satisfacian las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar, por no decir alguna palabra que descubriese su embuste. En estas razones estaban, cuando los alcanzó un hombre que detrás dellos por el mismo camino venia, sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gaban de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo, y de la gineta, asimismo de morado y verde; traia un alfanje morisco, pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los boreguíes eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas que, por hacer labor con todo el vestido, parecian mejor que si fueran de oro puro. Cuando llegó á ellos el caminante, los saludó cortesmente, y, picando á la yegua, se pasaba de largo; pero Don Quijote le dijo: “Señor galan, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiria en que nos fuésemos juntos.—En verdad, respondió el de la yegua, que no me pasara tan de largo si no fuera por temor que, con la compañía de mi yegua, no se alborotara ese caballo.—Bien puede, señor, respondió á esta sazón Sancho,

bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el mas honesto y bien mirado del mundo; jamás en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna; y, una vez que se desmandó á hacerla, la lastamos mi señor y yo con las setenas: digo otra vez, que puede vuesa merced detenerse, si quisiere; que, aunque se la den entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostre.” Detuvo la rienda el caminante, admirándose de la apostura y rostro de Don Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo verde á Don Quijote, mucho mas miraba Don Quijote al de lo verde, pareciéndole hombre de chapa: la edad, mostraba ser de cincuenta años; las canas, pocas, y el rostro, aguileño; la vista, entre alegre y grave; finalmente, en el traje y apostura, daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de Don Quijote de la Mancha, el de lo verde, fué, que semejante manera ni parecer de hombre no le habia visto jamás: admiróle la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademan y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra. Notó bien Don Quijote la atencion con que el caminante le miraba, y leyó en la suspension su deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto á todos, antes que le preguntase nada, le salió al camino, diciéndole: “Esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero destes que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empené mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde mas fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y há muchos dias que, tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las mas naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, ó en una sola, digo, que yo soy Don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado *El Caballero de la Triste Figura*; y puesto que las propias alabanzas envilecen, ésme forzoso decir yo tal vez las mias, y esto se entiende cuando no se halla presente quién las diga: así que, señor gentil hombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza, os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy, y la profesion que hago.” Calló en diciendo esto Don Quijote, y el de lo verde, segun se tardaba en responderle, parecia que no acertaba á hacerlo; pero, de allí á buen espacio,